



D. FELIX MARIA CALLEJA DEL REY

Don Félix María Calleja del Rey, era natural de Medina del Campo, Castilla la Vieja, y de distinguida familia. Hizo su primera campaña en calidad de alférez, en la desgraciada expedición que dirigió contra Argel y el Conde de O. Relly, en el reinado de Carlos III, y habiéndose trasladado de Avila al puerto de Santa María la escuela militar, bajo la dirección del mismo Conde que obtenía el gobierno de Cádiz, Calleja fué escogido para la enseñanza de una compañía de cien cadetes, de la que fué nombrado capitán y tuvo por teniente a don Joaquín Blacke, general de nombradía y Regente de España durante la guerra con Francia, y por alférez a don Francisco Javier de Elio, Virrey que fué de Buenos Aires. Pasó a México con el Virrey Conde de Revilla Gigedo, con el empleo de capitán agregado al Regimiento de Infantería Fijo de Puebla, que llamaban "Los

Morados”, y desempeñó con acierto varias comisiones que se le encargaron, entre ellas la de informar a la corte sobre los límites que debía tener el obispado que se trataba de establecer en San Luis Potosí. En Provincias Internas levantó y organizó varias compañías presidiales y cuando el Gobierno de Madrid adoptó para el arreglo de las milicias provinciales el plan de brigadas que formó don Carlos de Urrutia y puso en planta el Virrey don Miguel José de Azanza, se le confirió la comandancia de la décima, cuya cabecera fué San Luis Potosí. No sólo desempeñó en aquella capital las funciones propias de su empleo, sino que también se le encargaron otras comisiones, que prueban el aprecio que se hacía por el gobierno superior de su capacidad y entereza, entre otras la de averiguar y castigar la introducción de un contrabando, conducido de los Estados Unidos por un célebre aventurero llamado “Felipe Nolland”, en cuyo negocio removió del empleo de Teniente Letrado a don Vicente Bernabeu. Estos acontecimientos fueron tenidos por bastante graves por el Virrey Marquina, para decidirle a situar en San Luis un cantón de tropas, formado de las milicias de las demarcaciones circunvecinas. El mando se le dió a Calleja, y entre los oficiales que sirvieron a sus órdenes en aquella ocasión (estuvo) don Ignacio Allende, que concurrió a aquel cantón con su compañía.

Casó en San Luis con doña Francisca de la Gándara, hija de don Manuel de la Gándara, Alférez Real de aquella ciudad, sujeto acaudalado y dueño de la gran hacienda de Bledos. Todas estas circunstancias le hicieron obtener el respeto y la consideración de aquellos habitantes, y su influencia personal era tan grande entre la gente del campo, que era más obedecido como “el amo don Félix”, que como el general Callega. Era de buen

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

semblante, modales corteses y cultos, aire majestuoso y a veces severo, conversación amena y agradable, pues además de la instrucción propia de su profesión, era hombre de mucha lectura, especialmente de Historia.

(Al iniciarse el movimiento de Hidalgo en 1810, Calleja creó el Ejército del Centro). Supo transformar en pocos días en jefes, oficiales y soldados, a unos hombres campesinos, enteramente extraños al oficio de la guerra; inspiróles espíritu marcial; hízolos a los hábitos de la obediencia y la disciplina; revis-tiéndose de todo el poder que las circunstancias en que se hallaba colocado exigían que ejerciese, se hizo de recursos, de armas y de cuanto era necesario para la guerra, y mientras que el Presidente de Guadalajara Abarca, en posición más ventajosa, desperdiciaba los mismos o mejores elementos; mientras que Hidalgo no sabía sacar de ellos más que confusión y desorden, Calleja se presentaba en campaña con un ejército, con el que hizo frente a la revolución, detuvo la anarquía, e impidió que se consumase la ruina del país, para que cuando la independencia hubiese de hacerse, se hiciese sobre mejores bases.

El mérito de Calleja como militar en campaña, puede sujetarse a severa crítica. Conociendo perfectamente el país y sus habitantes; sabiendo no sólo las distancias de unos puntos a otros, sino también todas las dificultades y ventajas del terreno, sus combinaciones eran ciertas y seguras, sus planes profundamente calculados. Conocía igualmente bien al enemigo con quien había de habérselas, y sabía hasta qué punto podía contar con las tropas que mandaba, según su estado de instrucción y disciplina, con lo que sus empresas nunca fueron aventuradas, y aunque erró en intentar el ataque de Cuautla, él mismo manifestó al

Virrey (Venegas) que lo emprendió contra su opinión y cediendo a consideraciones a las que debía haberse sobrepuesto.

Su valor y sangre fría en el combate se hicieron notar de una manera distinguida en el Puente de Calderón, donde con su presencia detuvo a los cuerpos de caballería que se retiraban en desorden por el ataque imprudentemente empeñado por Flon, y en Cuautla, en donde se presentó a caballo en los puntos de mayor riesgo, en donde vacilaban los granaderos rechazados con pérdidas en las trincheras.

Pero demasiado lento en sus operaciones; acostumbrado a hacer todo a fuerza de dinero, y más inclinado a obrar según su opinión, que a obedecer a la autoridad superior, contribuyó por estos defectos al progreso de la revolución a que había sabido hacer frente.

Su inútil demora en Lagos cuando se dirigía sobre Guadaluajajara, dió tiempo a que Hidalgo aumentase sus fuerzas y recursos, y el no esperar a Cruz, quizá por no partir con él o tener que cederle la gloria del triunfo en Calderón, pudo comprometer la suerte del país en el éxito de aquella batalla. Su marcha a San Luis fué lenta, y todavía más la que hizo a Zitácuaro, y el no haberse dirigido al valle de Toluca desde este último lugar, como el Virrey se lo mandó reiteradamente, puso a Porlier a punto de perecer en Tenancingo, hizo obtener a Morelos las ventajas que allí logró, y fué la causa del sitio de Cuautla y de todas sus consecuencias.

Todo esto fué formando la enemistad que vino a ser declarada entre Calleja y el Virrey, no pudiendo éste sufrir la contradicción a sus disposiciones, ni las continuas demandas de dinero y

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

todo género de auxilios con que lo abrumaba durante el sitio de Cuautla, cuando más escaseaban los recursos para satisfacerlas.

Retirado del mando del ejército, se quedó en México viviendo en la gran casa del Marqués de Moncada, junto (al Convento de) San Francisco. En ella tenía una especie de corte, no menos frecuentada que la del Virrey, y asistían de continuo a su tertulia todos los descontentos del gobierno, cuyas operaciones se censuraban en ella con acritud. No faltaban en estas concurrencias personas que haciendo de espías dobles, ponían en oídos de Venegas todo lo que se decía en casa de Calleja, y a éste le referían todo lo que habían oído, o que suponían que había sido dicho por aquél, y así iba en aumento el disgusto entre ambos, y los malos informes llegaban hasta la Regencia de Cádiz, a la que se le pintaba Venegas como hombre que procedía sin plan alguno, y se representaba Calleja como el único capaz de contener y terminar la revolución.

Estas hablillas llegaron a tal punto, que los adictos a la insurrección residentes en México, concibieron la esperanza de que Calleja se pusiese al frente del movimiento y realizase la independencia. Habían organizado éstos una sociedad secreta con el nombre de "los Guadalupe", que tenía por objeto mantenerse en correspondencia con los jefes insurgentes y proporcionarles noticias y toda especie de auxilios, teniéndose entendido que esta asociación hizo alguna propuesta a Calleja, que éste no recibió mal, acaso por estar instruído de todo y conocer la importancia y fines de aquella reunión, pues por otra parte, cualesquiera que fuesen sus desazones con el Virrey, nunca pudo pensarse que llegase hasta faltar a los principios de fidelidad que profesaba.

(El día 28 de febrero de 1813, llegó a la ciudad de México) la orden de la Regencia, de 16 de septiembre, relevando del mando a Venegas a pretexto de necesitar en España sus conocimientos militares, y nombrando para sucederle al Mariscal de Campo, don Félix (María) Calleja.

Calleja se presentaba todos los días a recibir del Virrey el santo y la orden del día. Al hacerlo el 28 de febrero, cuando ya había recibido los despachos de Virrey, Venegas salió a recibirlo hasta el primer salón, lo felicitó por su nuevo empleo, y estuvo en seguida a visitarlo en su casa.

Convenido el orden del ceremonial de la entrega del mando, y presentados los despachos al Real Acuerdo que dispuso se obedeciesen, mandando una comisión de dos oidores a cumplimentar a Calleja a su casa, el 4 de marzo a las nueve y media de la mañana, el Ayuntamiento en coches, precedido de los maceros a caballo, fué a tomarlo en su alojamiento y lo acompañó hasta el Palacio, siguiendo la comitiva las calles de Vergara, Tacuba, Empedradillo y Plaza Mayor, en las que estaba tendida la tropa de la guarnición.

Venegas lo esperaba con todas las autoridades en el salón principal, en el que se hizo solemnemente la entrega del bastón, y en seguida pasó el nuevo Virrey a la sala del Real Acuerdo, ante el cual prestó el juramento acostumbrado. Calleja regresó a la casa de su habitación, acompañándolo el Ayuntamiento por las mismas calles que había ido. Las autoridades felicitaron en el mismo día privadamente a la Virreina, y en el siguiente las recibió el Virrey en forma al besamanos en el Palacio, al que se había pasado en la noche.

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

Todos estos actos se verificaron fríamente y sin aplauso alguno. El nombramiento de Calleja era mal recibido por los mexicanos que temían su severidad, y no menos recelaban que acostumbrado a gastar con prodigalidad en sus expediciones militares, oprimiría con grandes contribuciones para sacar recursos en las circunstancias apuradas en que el país estaba. Por el contrario, los ricos comerciantes españoles se prometían ver acabar pronto la revolución, pasando el gobierno a mano más vigorosa e inteligente. Lo hacía esperar así el mismo Calleja, quien en sus conversaciones, atribuía la prolongación de la insurrección al desacierto de las providencias del Virrey (anterior), y estas especies comunicadas al comercio de Cádiz, que tanta influencia tenía entonces en el gobierno (español), fueron las que decidieron el relevo de Venegas.

* * *

Para poder apreciar en su justo valor el inmenso progreso que la causa realista hizo, desde el punto en que estaba cuando Calleja se encargó del Virreinato, hasta el estado que las cosas tenían cuando lo dejó; no basta comparar la extensión de terreno que estaba en revolución en la primera de estas épocas, ni las fuerzas que entonces tenían los insurgentes, con lo que quedaba en su poder. Es menester tener también presente, el espíritu que en aquel primer período dominaba y el auxilio que la revolución encontraba en todas las clases del Estado.

“Seis millones de habitantes”, decía Calleja al Ministro de la Guerra en su carta reservada de 18 de agosto de 1814, “decididos a la independencia, no tienen necesidad de acordarse ni

convenirse; obra cada uno en favor del proyecto universal, según su posibilidad y arbitrios. El juez y sus subalternos, cubriendo y disimulando los delitos. El eclesiástico, persuadiendo la justicia de la insurrección en el confesonario, y no pocas veces en el púlpito. Los escritores corrompiendo la opinión. Las mujeres seduciendo con sus atractivos, hasta el extremo de prostituirse a las tropas del gobierno, porque se pasen a los rebeldes. El joven tomando las armas; el viejo dando noticias y conduciendo correos. El rico franqueando auxilios; el literato dando consejos y dirección. Las corporaciones influyendo con su ejemplo de eterna división con los europeos, de cuya clase no admiten uno en su seno y evitan que les alcance la elección popular; dificultando todo auxilio al gobierno; haciéndolo odioso y representando contra él y contra sus fieles agentes, bajo pretextos especiosos que no faltan a su fecunda malicia, y todos, en fin, barrenando el edificio del Estado”.

Este estado de la opinión estaba muy cambiado al dejar Calleja el mando. No porque se hubiese desvanecido el deseo de la independencia, que una vez encendido no podía apagarse tan pronto; sino por la persuasión de que era imposible obtenerla por los medios que se habían empleado, que sólo podían conducir a la ruina y aniquilamiento del país.

Calleja, pues, dejó a su sucesor la revolución desacreditada, vencida y abatida, y aunque todavía quedasen puntos fortificados que tomar y reuniones que acabar de dispersar, le dejaba para ello un ejército numeroso y florido, compuesto de tropas acostumbradas a las incesantes fatigas de la campaña, y más acostumbradas todavía a vencer. Le dejaba una hacienda organizada y cuyos productos se habían aumentado con los nuevos im-

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

puestos; el tráfico mercantil establecido con los frecuentes convoyes que circulaban de una extremidad a otra del reino, y los correos en un giro regular, saliendo y recibíendose semanalmente.

Para llegar a este punto había sido necesario vencer grandes dificultades y cometer grandes violencias. Calleja no se había detenido en los medios: había sumergido en la desgracia a muchas familias arrancando de su seno al marido o al hijo, para completar los cuerpos del ejército en las levadas rigurosas que había mandado hacer; había cerrado los ojos a todos los abusos que los comandantes cometían, con tal que fuesen fieles a la causa Real y la sirviesen con celo. La odiosidad de todo había caído sobre él y todos lo aborrecían, pero es preciso confesar recordando sus servicios desde que levantó en San Luis el ejército que hizo frente a la revolución al principio de ésta, hasta el día en que entregó el mando, que si España no hubiera perdido el dominio de estos países por sucesos posteriores, Calleja debía ser reconocido como el reconquistador de la Nueva España, y el segundo Hernán Cortés.

A su llegada a Madrid, su mérito fué recompensado con el título de Conde de Calderón, en recuerdo de la célebre acción ganada en el puente de este nombre contra todo el poder de Hidalgo, y condecorado con las Grandes Cruces de Isabel la Católica y San Hermenegildo.